

ño había introducido, sino... Realmente, no sé ya á lo que iba á la tertulia de Tejera. Aunque me esforzara en disimularlo, mi humor fúnebre me salía fuera, y ni hablaba, ni bailaba, ni hacía más que estorbar y descomponer el alegre cuadro. Luego de saludar á Delfina, tocándola apenas la punta de los dedos, y de inclinarme ante el miriñaque de misia Candela, cambiaba con mi tía Sandalia breves palabras sobre la salud recíproca, el tiempo, algún suceso de familia ú otro asunto tan vago como éstos, y me sentaba á ver jugar al tresillo ó á mirar las hojas de un álbum. ¡Qué horas pasé así, qué noches, mientras espiaba los movimientos de Maltán y Delfina, y traducía sus frases mudas y cazaba al vuelo sus miraditas!

Algo debía de molestar á la páfida mi conducta, puesto que muchas veces sorprendí que me seguían aquellos sus ojos pardos, tan inmensos como dos abismos. Sin duda, en su perversidad de coqueta, hubiera deseado ver la herida abierta, apreciar su extensión y su gravedad, ensancharla más, si cabe, con sus deditos de niña inocente y teñirlos de sangre tibia, pequeña hiena de salón. El que yo no se la mostrara, el que la ocultara dignamente, como si no la tuviera ó no la sintiera, picaba su amor propio, que parecía ofender mi desdén.

— ¡Cómo! ¡Le he herido y no se queja! ¡Le he tirado á matar y aún vive! ¡Le pruebo que quiero á otro y tan tranquilo!

Y su venganza era atraer á Maltancito, retenerle,

marearle y mostrarse con él tan expresiva que el mico aquel se ponía insoportable.

Una de mis virtudes (ya se sabe que, desgraciadamente, poseo variada colección de ellas) es la resignación, y palo que me ha dado la suerte, si me ha dolido, como á todo mortal, he tenido bastante voluntad para aguantarlo y sobrada prudencia para no volver por otro. Convencido de que el amor de Delfina, por fas ó por nefas, que las causas importaban poco, estaba verde para mí, me cuidé bien de rechistar ya y sólo atendí á curarme del golpetazo, cuanto más lejos de ella mejor, de modo que sus cucamonas intencionadas á Maltancito, si irritaban mis celos, lo confieso, nada influían en la modificación de mi actitud severa y digna.

Pero, sea que ésta molestara más de lo regular á la caprichosa señorita de Daver, arrastrándola hasta incitar contra mí al animalejo que domesticaba, ó que el propio Maltán, de sus conversaciones y confidencias dedujera que yo tuve ó hube de haber tenido mis más y mis menos con la que ya pasaba, á los ojos de propios y extraños, por prometida suya, es lo cierto que empezó á ponérmelos muy malos y á provocarme como los colegiales pendencieros, que mojan la oreja á guisa de desaffo. Francamente, yo no sentía nada contra Maltán: el que no me fuera simpático no excluía que le tratara con la cortesía que en mí ha sido siempre una segunda naturaleza, y en cuanto á su flamante rivalidad no la tomaba siquiera á mala parte, porque creía, y sigo creyéndolo, que, además de que no

era amigo que obligado estuviera á andar con repulgos, el hombre que conquista no tiene culpa, sino la mujer que conquistar se deja. Nunca me han convencido las señoritas engañadas.

Me contrarió, pues, la ventolera bélica de Maltán y me propuse no darme por entendido hasta donde consintiera la dignidad. Otra de mis virtudes (habrá que sacarlas todas á orear) es la paciencia, y á ella debo haber vencido todas las adversidades, que me tumbaran como débil caña, si ella no me diese fortaleza para resistirlas.

Pero se necesitaba tener la de un santo, y de palo, para aguantar los choques continuos con aquel titere, que se me enredaba en las piernas apenas entraba yo en el salón. Ya se hacía el miope, y para reconocerme se estiraba sobre la punta de los pies y acercaba á la mía su cara arrugadita y peluda, tanto que, como olía mal, tenía que apartarle; ya me seguía con piruetas de danzarín ó me dirigía alusiones en sus farsas y juegos, ó me retaba á duelo mortal con dos arcos de violín. Llegó á anunciar muy formalmente que componía una escena cómica, en verso libre, con el título de *Tajos y trabajos de D. Perfecto*, la cual tendría el honor de representar ante el respetable público de la tertulia en fecha que se anunciaría por carteles.

Pensaba, sin duda, Maltancito que la bondad es debilidad ó afeminación del espíritu y la prudencia cobardía, porque el que yo me cuidara poco de sus payasadas le envalentonaba más, y más le avivaba el deseo

de molestarme y divertirse á mi costa. En vano mi tía Sandalia y hasta el pacato de mi tío Gaspar y D. Isafas y misia Candela, unos amistosamente y otros con cruda energía, intervinieron para poner término á bromitas tan pesadas y dudosas de gusto; pero el gracioso no cejaba y cada noche sacaba una nueva, ¿qué digo una?, cien y cientos de ellas, como las cintas del sombrero cuando ejecutaba la suerte del prestidigitador. La que no intervino fué Delfina: al contrario, se reía con gana, puesto el abaniquito delante de los dientes blanquísimos, que ya no mordían la borla como antes, cuando la solicitaba el amor puro y leal.

En suma, que subieron las cosas de punto, y acabada mi paciencia y temeroso de perder la calma donde más me obligaba á guardarla la urbanidad, me pareció que lo mejor era no volver á la tertulia y me retiré en silencio, explicando á mi tía únicamente el por qué me retiraba y no volvería. Maltán, que advirtió lo que él calificaba de fuga, me escribió entonces una estrafalaria carta, encabezada con dos fémures cruzados y firmada por *Maltán de Pablos, el verdugo*, en que me anunciaba que tal noche (no recuerdo la fecha) representaría en el salón de Tejera los *Tajos y trabajos de D. Perfecto*, á cuyo acto me convidaba, habiéndose dispuesto un sillón especial para que cómodamente asistiera yo al *titeo* que él, Maltán de Pablos, organizaba en mi obsequio.

Por supuesto, resolví asistir, sin vacilar. El mismo día de la función, llamémosla así, vino á verme el cu-

ñado Esquendo con un recado de mi tía Sandalia, que me rogaba no fuera esa noche porque, aunque le tenía prohibido á Maltán llevar adelante la farsa, si me veía en la tertulia podría achacarlo á reto de mi parte y realizar su mala idea, dando con ello lugar á disgustos y sabe Dios á qué otros extremos también, que había que evitar por mi buen nombre y la seriedad de su casa. Contesté al mensajero que sentía mucho desobedecer á la tía; pero que, invitado por el mismo Maltán, no sería ni cortés ni caballeresco faltar á la cita; que, por lo tanto, iría, sucediera lo que sucediera, con la protesta de que no me alcanzaba responsabilidad alguna en justicia desde que era yo el provocado.

Y á la hora de costumbre, las ocho largas, me presenté tranquilamente en el salón. Convidado de piedra, mi presencia produjo emoción general: unos se volvieron, otros cuchichearon; el grupito de Maltán, con Sangil á la cabeza, se apiñó en conciliábulo; el mirriñaque de misia Candela se estremeció como si una ráfaga de aire le balanceara; Delfina encubrió la cara con el abaniquito, lo mismo que Justa y Arminda, y renqueando hacia mí se adelantó mi tío Gaspar y vino mi tía Sandalia á regañarme vivamente, mientras el ministro inglés, más rojo que nunca, rogaba á don Isaias le tradujera el motivo de tal movimiento.

Yo resistí el choque de todas las miradas valientemente y la cariñosa acometida de mis tíos con entereza. Las razones que aduje, en voz baja, les conven-

cieron, y aunque muy escamada mi tía Sandalia, me suplicó que si el chiflado de Maltancito se desmandaba no le hiciera mayor caso, que el desprecio es el pie que aplasta estas sabandijas sociales. Prometí lo que me pidió y me senté cerca de la mesa de juego.

Maltán no estaba. Apareció al poco rato, y su presencia, como la mía, sublevó todo el salón. En la puerta le recibió Sangil y los dos discutieron porfiadamente: vi que Sangil le cogía por los hombros y le instaba á que se fuera, sin duda cumpliendo órdenes de mi tía Sandalia; pero, lejos de marcharse, Maltán, en quien se posaba mi mirar tranquilo y frío, avanzó con alardes de comiquería ridícula y rodeó la sala haciendo saludos de corte, sin excluirme á mí, y deteniéndose ante Delfina.

Poco á poco las conversaciones renacían, se distraía la atención, y en el dúo aquel, que era espectáculo cotidiano, nadie paraba mientes. Quizás Maltán, defiriendo á ruegos y consejos, había desistido y se mostraba sensato una vez siquiera. Mi tía Sandalia, dando por ganada la batalla, se sentó al piano y mandó amablemente que se formaran las parejas para el baile.

Pero no hubo pareja que se formara. Maltán se había puesto en medio del salón, y los *chist* de silencio rompieron el compás de mi tía, que se volvió y amenazó al actor con echarle con cajas destempladas si persistía en representar el paso anunciado.

— Maltán, ¡he dicho que no quiero!, ¡no sea usted terco!, ¡no me obligue usted á enfadarme de veras!

— Déjele usted, Sandalita — intervine yo desde mi asiento; — trabaja el Sr. Maltán de Pablos tan primorosamente, que sería lástima nos privara usted del placer de aplaudirle.

Mi tía se calló. Todos, más ó menos emocionados, rodearon á Maltán, y éste dió principio á su papel.

No tenía nada en las manos, ni se advertía debajo de su frac bulto alguno, ni cerca de él había auxiliar ni aparato de ninguna clase. Comenzó por doblar el borde de sus mangas, correr hacia el codo los puños de la camisa, extender los brazos en cruz y mostrar las palmas desnudas de las manos; luego cerró violentamente la derecha, la abrió y apareció en la punta de sus dedos un objeto minúsculo y negro, que desenvolvió y armó con gran presteza, enseñando un perfecto solideo á la concurrencia maravillada; cerró y abrió la izquierda y salió, siempre en la punta de sus dedos, una diadema ó nimbo de estos de metal con que se adorna la cabeza de las imágenes, y en seguida con el pulgar y el índice de la derecha, que introdujo en la manga izquierda, fué tirando y sacando un rollo negro, tan largo que no se acababa, y todo era tirar y echar fuera y enroscarse á sus pies la interminable y larguísima culebra de tela negra.

Cuando ya no hubo más rollo que sacar, lo cogió, separó en dos y extendió, convirtiéndolo en una sotana y un amplio manteo, con los que se disfrazó prestamente; se puso el solideo y encajó sobre la frente el nimbo dorado, metió el brazo dentro del manteo, y si-

mulando esfuerzos sobrehumanos ayudó á salir á la luz un precioso muñeco, el que recostó con amor sobre su pecho, y adoptando entonces actitud seráfica é imitando mi voz y mis modales, tan propiamente que parecía era yo quien hablaba, dijo:

— ¡Soy Vicente de Paul!

Una carcajada colossal de toda la sala premió su transformación y esta salida. Él metió la mano nuevamente debajo del manteo y sacó otro chico, y luego otro, y otro, innum-



¡Soy Vicente de Paul!

merables muñecos, una inclusa entera, que por no caberle en los brazos amontonó á sus pies, de cualquier manera, á veces estrellándoles contra el suelo; los había que lloraban, y él sabía apretarles el resorte de modo que no se veía su juego, y el efecto era graciosísimo. Rodeóse así de tantos, que no podía más con ellos; cubrió á todos bajo el ala de su manteo, y ya imitando mi voz, ya galleando á lo mejor, nos contó una retahila monótona é insulsa en el verso libre que él decía.

Aparte de la irreverencia, el espectáculo era cha-

bacano y grosero. Tan pronto como cesó en sus bonitos juegos de prestidigitación, realmente insuperables, decayó el interés y muchos se alejaron del círculo que le aplaudía. Yo le dejé terminar, y cuando soltó su último verso y saludó al público, me adelanté á él, le cogí por el manto y le dije bien alto para que todos lo oyeran:

— Espero que usted se servirá repetir esta escena en sitio y hora que se designará oportunamente.

Maltán se inclinó, sin contestar. Hubo en el salón inusitado movimiento y luego silencio sepulcral. De lejos, mi tía Sandalia me envió un mensaje con sus ojos suplicantes.

Al poco rato me despedí y salí. Cruzaba el patio de la casa, cuando sentí trotar detrás de mí al grupito de Maltán, que al pasar rozándome dijo con la voz de antes:

— ¡Soy Vicente de Paul!

Entonces me volví, y ya ciego, le alcancé tan tremenda bofetada, que dió con la mísera cabeza contra la pared; le eché las manos al cuello, le derribé sobre los húmedos ladrillos y puse sobre el pecho mi rodilla, viniendo á quedar como el arcángel de mi alcoba encima del perverso enemigo, que los suyos no se atrevían á defender.

Y lejos de echar por la bocaza hedionda los sapos y culebras de la estampa, fueron súplicas las que me dirigió, así vencido y derribado:

— ¡Riquez, déjame, suéltame!, te prometo no moles-

tarte más. Déjame, no aprietes, no aprietes. Me ahogas, me matas. Confieso que he hecho mal. ¿Quieres que no venga más á esta casa? ¿Quieres que te abandone el amor de Delfina?

— No — le dije acercando mi cara á la suya, — Delfina ha querido darse á ti, quédate con Delfina. ¡Vete con Dios!, y sed los dos muy felices. Te suelto, vete. Y acuérdate de la mano de D. Perfecto para que no te atraveses más en su camino.

Maltán dió un salto, y salió rabo entre piernas con su grupito silencioso, tan avergonzado de que yo le hubiera vencido, como quedaba yo triste, porque era él quien me vencía.

V

Así como la azada prepara el terreno en cuyos surcos ha de germinar la semilla, mis dos fracasos, el amoroso y el social, predispusieron mi espíritu á la misantropía, y en la sima de esta enfermedad irremediable cayó con las alas plegadas, que ya no volvieron á tenderse, como si el golpe las hubiera quebrado. Casó Maltán con Delfina y Esquendo con Justita González, siendo estas dos bodas el punto y remate de la tertulia de Tejera (á la que yo dejé de ir desde aquella noche inolvidable), pues mi tía se vió obligada á cerrarla por las dolencias del marido y los cuidados de la maternidad, á que estuvo sujeta cuando menos lo pensaba, y ya el célebre salón quedó á obscuras para siempre.